

BREVE HISTORIA de los...

BORBONES ESPAÑOLES

Juan Granados



La historia de la dinastía reinante más poderosa de Europa. Desde Felipe V hasta Juan Carlos I, todas las miserias y grandezas de la longeva casta que más reyes ha dado a Francia y España

BREVE HISTORIA DE LOS BORBONES ESPAÑÓLES

BREVE HISTORIA DE LOS BORBONES ESPAÑOLES

Juan Antonio Granados Loureda



Colección: Breve Historia

www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de los Borbones españoles

Autor: © Juan Antonio Granados Loureda

Director de colección: José Luis Ibáñez

Copyright de la presente edición: © 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Onoff Imagen y Comunicación

Diseño del interior de la colección: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-942-2

Fecha de edición: septiembre 2010

Printed in Spain

Imprime: Imprenta Fareso S.A.

Depósito legal:

Índice

Prólogo

Introducción

La cuestión dinástica, la guerra de Sucesión y los tratados de Utrecht

Capítulo 1: Felipe V (1700-1746) y Luis I (1724)

El impacto de la dinastía borbónica; nuevos usos y nuevas maneras

La Nueva Planta

Viudedad de Felipe V y segundo matrimonio con Isabel de Farnesio, la *Brava Donna*

Luis I, el rey que no fue

El segundo reinado

La neurosis maniacodepresiva del rey.

Carlo Farinelli, ¿cantante o taumaturgo?

Los últimos años del rey

Capítulo 2: Fernando VI (1746-1759), la amable neutralidad

Por fin rey, «paz con Inglaterra y guerra con nadie»

Los proyectos del marqués de la Ensenada, la inusitada actividad de un espíritu inquieto.

Economía, ciencia y espionaje

Los últimos años, entre «la escuadra del Tajo» y el triste final en Villaviciosa de Odón

Capítulo 3: Carlos III (1759-1788), el despotismo ilustrado

Notas sobre el reinado napolitano

Rey de España

Retrato del rey benevolente

El primer reformismo carolino

El motín de Esquilache

Los buenos años, Aranda y Campomanes

El crepúsculo feliz: los tiempos
de Floridablanca

Años finales

Capítulo 4: Carlos IV (1788-1808)

Crisis y revolución

Tiempos de revolución

Hijo contra padre; las vergüenzas
de Aranjuez y el bochorno de Bayona

España en guerra

Años de exilio

Capítulo 5: Fernando VII (1808; 1813-1833).

Liberales y absolutistas

Los complejos de un futuro rey

Valençay

La Restauración fernandina

Serviles y liberales

El Trienio Constitucional

La Década Ominosa

**El fin del reinado, la ley sálica
y el problema carlista**

Capítulo 6: Isabel II (1833-1868).

«La de los tristes destinos»

Fin de la primera guerra carlista y el exilio
de María Cristina. Isabel II, reina de España

Isabel II, reina de España

Aquel extraño matrimonio

Amoríos y penitencias

Construyendo el Estado liberal

Del «episodio Olózaga» al moderantismo

La revolución tranquila y

la Unión Liberal (1854-1868)

«Cuando los españoles
conquistaron Vietnam»

Revolución y exilio

Capítulo 7: Alfonso XII (1874-1885)

Alfonso, de infante a exiliado

Plácidos años de educación

Camino de retorno

La Restauración alfonsina

Las limitaciones del sistema:

«turnismo» y caciquismo

Un reinado prometedor

Dos bodas reales

Una monarquía efímera

Capítulo 8: Alfonso XIII (1886-1931)

Crónica de un fracaso

Notas sobre la regencia de

María Cristina de Habsburgo

La guerra de Cuba y la crisis de 1898

Infancia y juventud del rey

Boda y tragedia

La crisis del sistema de la Restauración

Años de hierro

Dictadura y crisis de la monarquía

El exilio

Capítulo 9: Juan Carlos I (1975-)

Notas en torno a Juan de Borbón,

conde de Barcelona (1913-1993)

Historia de una frustración

Estoril. La vista puesta en España

Juan Carlos, de «don Juanito» a aspirante a la Corona de España

Camino del trono

Rey de España

Bibliografía general

Bibliografía específica

Prólogo

Para los españoles que acababan de enterrar a Franco la proclamación de Juan Carlos I no evitaba la incertidumbre histórica: otra vez los Borbones. Para unos, el rey era Juan Carlos I el Breve; para la mayoría, el símbolo del *fatum* hispano; uno mandaba, los demás obedecían y además todos eran apolíticos. Franco lo puso ahí y... ahí estaba. ¿Hasta cuándo?

Lo que los españoles no se planteaban en 1975 es que, en esta dinastía histórica, ese clima de incertidumbre al llegar al trono el príncipe no solo no era novedoso, sino que constituía casi una constante histórica. Y no solo en España; también en la cuna de la dinastía, la Francia del siglo XVI, pues como recuerda Juan Granados, «todo comenzó un 25 de julio de 1593 en París con una apresurada conversión al catolicismo». Luego llegarían regicidios, minorías tuteladas, una revolución —la Fronda— y un rey joven, Luis XIV, que desde el primer día hizo saber que mandaba él, solo él: *ad legibus solutus*. Se acabó la incertidumbre... hasta 1789.

En España, sin embargo, desde que llegó el primer Borbón en 1701, las *transiciones sucesorias* fueron, todas, partos difíciles que obligaban a los reyes en sus primeros momentos a ser (como mínimo) *animosos*. Y es que a pesar de la ley de la continuidad que rige la monarquía hispánica, un rey nuevo siempre es un riesgo (a veces incluso para el rey viejo, como pudo comprobar Carlos IV, padre), un enigma (la reina viuda Isabel Farnesio no se esperaba tanto desprecio de Fernando VI, ni Bárbara tanto amor), una ruptura (Carlos de Borbón... y sus carlistas), una molestia (Alfonso XII, niño, padre de «la menor cantidad posible de rey», en palabras de Sagasta), un problema (Isabel II, niña y...), un «desastre sin paliativos» desde 1926 (Alfonso XIII, el rey que abandona), o una solución a cuarenta años de iniquidad (Juan Carlos I). Es posible que, como dice Juan Granados, todo sea por la «proverbial

supervivencia borbónica». Los Borbones «renacen siempre de sus cenizas».

Juan Granados es el valiente autor de este libro, cuya importancia se debe antes de nada a su honestidad intelectual, la virtud previa a la conquista de la objetividad histórica, que es lo que necesariamente ha de presidir un libro sobre los Borbones a estas alturas. Y eso es lo que le salva, a él y al libro, ahora que la opinión sin pruebas —el vocerío mediático—, el cinismo de las distintas lecturas de la historia, los revisionismos interesados políticamente arrinconan a la demostración histórica (y desde luego, a la verdad). Los Borbones, la dinastía reinante, y sus vástagos están hoy, una vez más, en todos los sitios... menos en los libros de historia. Que yo recuerde, el último intento serio de una historia de los Borbones data del 2000 (por cierto, la colección recoge la última obra *histórica* sobre Juan Carlos I, la del llorado Javier Tusell). Por eso, este libro, diez años después, tiene, si cabe, más interés.

Juan Granados es un catedrático de Historia de instituto —por tanto, un servidor público— que por contradecir a tantos que arremeten contra *esos funcionarios* paniaguados—y luego pretenden que eduquen a sus hijos!— ha dado todavía más de lo que le piden (lo que no es excepcional en este *cuerpo* benemérito). Es lo que decía Campomanes de los arbitristas: «nada quieren para sí; todo lo dan a los demás». Los catedráticos como Granados enseñan dentro y fuera; por eso, ha escrito una *historia de Ferrol*, una *historia de Galicia* y una *historia de España*. El ciclo completo: local, regional, nacional. No se puede decir de Granados que viva bajo el plácido beneficio que da la cátedra vitalicia, las dos horitas diarias de clase.

Pero, además, Granados ha escrito tres novelas, por supuesto novelas históricas, una de ellas excepcional: *Sartine y el caballero del punto fijo* (Edhasa, 2003). Sus novelas son casi como textos históricos —algo así le ocurre a *El Hereje* de Delibes—, mientras que sus textos históricos están tan bien escritos que se leen como una novela, como es el caso de este libro. Pues este es ante todo un libro bien escrito.

Juan Granados, en fin, ha hecho un nuevo acto de servicio: ha escrito este libro sobre la dinastía reinante para que usted, lector, disfrute relajadamente del incontestable decurso que los hechos históricos producen en esa dicotomía rey-reino que mantenemos los españoles desde hace siglos. Como es previsible que en poco tiempo volvamos a la incertidumbre, al vértigo de las transiciones sucesorias en la *domus regia*, el lector tiene en este libro un compendio de datos y argumentos sólidos para terciar en lo que, hoy como ayer, seguirá siendo un hábito tan español como los toros y el fútbol: manifestar, alto y claro, qué piensa uno de los Borbones, con o sin datos (eso es lo de menos, claro). Lesa Majestad, sí, pero también —y a veces incompatible— leso pueblo español. Veremos si ese pueblo que se hizo «juancarlista» —sobre todo tras el 23F—, también se hace «felipista» algún día y revive así el viejo arcano que permite la «proverbial supervivencia» de un símbolo tan hispano como la monarquía... ¡en un país que desde hace mucho tiempo añora una república bien gobernada!

José Luis Gómez Urdáñez
Catedrático de Historia Moderna.

Introducción

«París bien vale una misa».

Orígenes de la casa de Borbón

El apellido Bourbon o, en España, Borbón procede del topónimo de un lugar: el castillo *Bourbon-l'Archam-bault*, situado en el departamento francés de Auvernia (distrito de Moulins), por ser esta la casa matriz de todos los nobles de esa estirpe que, según cuentan los genealogistas, descienden de una rama secundaria de los Capetos, dinastía que gobernó Francia entre los años 987 y 1328. Los Borbones vivieron sometidos al arbitrio de la dinastía de los Valois, reinante en Francia desde 1328 hasta la extinción de la rama masculina de esta casa en 1559. El origen del éxito inusitado que obtuvo la prolífica casa de Borbón hay que buscarlo, precisamente, en la imparable decadencia de los Valois y en una decisión afortunada: el casamiento de Antonio, duque de Borbón (1537-1562), con Juana de Albret (heredera de la casa de Navarra), para convertirse nada menos que en rey de Navarra. De este modo, una dinastía nobiliaria más bien rústica y de mediano pasar ingresaba con fuerza inusitada en la «gran historia» de Francia.



Vista del castillomatriz de los Borbones en Moulins, hoy una ilustre ruina en su mayor parte.

Muy pronto la suerte se iba a aliar con el flamante rey de Navarra, cuando Enrique II de Francia muere prematuramente en 1559, dejando el trono vacante y el gobierno de Francia en las tenebrosas manos de los duques de Guisa y la reina viuda Caterina de Médicis. El duque de Borbón, como jefe de todos los hugonotes (protestantes) franceses, se les enfrentará violentamente con el objetivo de hacerse con la corona del reino más populoso de Europa. Francia, convulsa por las crueles guerras de religión, se muestra generosa con la casa de Borbón. En el transcurso de las hostilidades, mueren los tres hijos de Enrique II, la rama masculina de los duques

de Guisa y la propia regente; dejando el camino libre para que el tercer hijo de Antonio de Borbón, Enrique III de Navarra, ocupe el trono bajo el nombre de Enrique IV. Claro que no todo iba a ser tan sencillo, las puertas de París no se abrieron para Enrique de Navarra hasta que este, haciendo buen acopio del pragmatismo que desde entonces aparecerá como el rasgo más caro a la dinastía, decidió abrazar la fe católica, repudiando la doctrina protestante con aquel «París bien vale una misa» —en alusión a que el trono de Francia bien merecía su conversión al catolicismo—, que ha quedado para la historia como uno de los mejores ejemplos de praxis política, situado apenas unos pasos por detrás de las triquiñuelas pergeñadas en *El Príncipe* de Maquiavelo. Un gesto que, previamente enfatizado con su deseo de que todos sus súbditos pudiesen disfrutar de «puchero de gallina» todos los domingos y la promulgación del clemente Edicto de Nantes (1598) que abrió un fértil periodo de tolerancia religiosa en Francia, valió una corona y sentó las bases para el establecimiento definitivo de la dinastía real más poderosa de la historia europea. Con todo, a Enrique IV no le valió su buena visión de las cosas para evitar su extraño asesinato por el aún más extraño François Ravailac, claro que el mero relato de lo que



François Ravallac, asesino de Enrique IV de Borbón. Ravallac era un oscuro personaje, convencido de que Dios le había encomendado acabar con el protector de los hugonotes.

la justicia hizo con su asesino apuntaba con claridad nuevos usos y nuevas costumbres para una monarquía que primero quiso ser ejemplo de sujeción y luego, simplemente, absoluta:

Ravallac sufrió tormento durante tres días, luego fue conducido a la plaza de la Grève. Allí se le arrancaron las tetillas y otros trozos de su carne con tenazas, fue quemado en diversas partes del cuerpo (pecho, caderas y piernas) con hierros al rojo vivo. La mano que había empuñado el puñal homicida fue abrasada con azufre ardiendo y en las

heridas y las quemaduras se vertió una mezcla de plomo derretido, aceite hirviendo y resina ardiente. Una vez terminado esto, se le ató de manos y piernas a las colas de cuatro caballos y fue desmembrado. Sus miembros fueron quemados y todo su cuerpo quedó reducido a cenizas.

Síntesis del: «Extracto de los registros del Parlamento de París relativos al proceso criminal realizado a Francisco Ravailac después de que hubo cometido el regicidio del difunto rey Enrique IV, con el proceso verbal del tormento que se le aplicó y de cuanto ocurrió en la plaza de Grêve cuando su ejecución».

Desde entonces, los sucesores de Enrique IV se mostraron más bien poco proclives a transigir con el pueblo, adoptando, eso sí, posturas siempre paternas y a menudo taumatúrgicas que se evidenciaron tan eficaces para sus fines como para el engrandecimiento político y económico de su reino. El insustancial Luis XIII (1610-1643), sucesor de Enrique IV en la Corona, tuvo la desgracia de verse despreciado por las dos mujeres más importantes de su vida, primero por su madre María de Médicis y luego por su esposa Ana de Austria, hija de Felipe IV de España. No obstante, aquel rey celoso



Suplicio de Ravailac en la plaza de Grêve de París. Fue una ejecución de Estado, cuyo carácter ejemplarizante se planificó hasta sus últimos detalles.

y suspicaz que inmortalizara, ya en el siglo XIX, Alejandro Dumas en su saga de mosqueteros, tuvo, eso sí, la buena estrella de poder rodearse de personajes verdaderamente extraordinarios, maestros en

el arte de gobernar, cuyo principal exponente fue el cardenal Richelieu, padre, en muchos sentidos, de lo que se dio en llamar «la razón de Estado» como credo antepuesto a cualquier otro, léase confesión religiosa, pacto, tratado o alianza. Richelieu implantó en Francia un modo de gobernar novedoso y moderno, que pasaba por la centralización administrativa y la sujeción de los señores feudales, dibujando de este modo los umbrales de lo que muy pronto se iba a convertir en el absolutismo del Rey Sol. Absolutismo más pretendido que real, aunque si algún reinado europeo puede calificarse como tal, ese fue sin duda el de Luis XIV (1643-1715), abuelo y principal mentor de Felipe V, el primer Borbón español. Un abuelo, por cierto, de armas tomar, más que capaz de recibir, según cuentan las crónicas, a embajadores y plenipotenciarios extranjeros bien asentado en su sillaretrete de Versalles. Él al menos tenía una, sus cortesanos habían de contentarse con un simple montón de paja dispuesto tras un biombo en cualquiera de las salas del palacio; al fin, solo él era el ungido de Dios y la personificación del mitificado san Luis de Francia.

Al hilo de lo anterior y si repasamos desde sus comienzos las vicisitudes del larguísimo reinado de Luis XIV, podremos hallar más de una clave explicativa de las conocidas filias y fobias de los Borbones españoles, pues, como decíamos, el feliz reinado del «abuelo» Luis resultó ser referente principal y espejo en el que reflejarse para nuestros reyes dieciochescos, siempre por encima y a enorme distancia de las viejas tradiciones de la monarquía hispánica que habían heredado de los Austrias. Y esto es así tanto en los rasgos externos más visibles, por ejemplo la construcción por Felipe V de «su» pequeño Versalles en La Granja de San Ildefonso, como en los usos de gobierno que se pretendieron implantar con mayor o menor éxito.

Luis XIV vino al mundo cuando ya nadie le esperaba, sus padres sintieron tal gozo por la buena nueva que fue bautizado como *Louis-Dieudonné* ('Don de Dios'). La prematura muerte de su padre hizo que fuese proclamado rey con tan solo cinco años de edad, bajo la tutela de la regente, su madre Ana de Austria, y el control político

del célebre cardenal Mazarino, fervoroso continuador de la obra de Richelieu. Mazarino despertaba tanto odio por el fuerte intervencionismo que desplegaba su gobierno que hubo de sufrir hasta dos Frondas (revueltas que tomaron su nombre de los tirachinas que utilizaban los rebeldes de París), la primera orquestada por el propio Parlamento de París, descontento con su pérdida de atribuciones a favor de la monarquía; la segunda comandada por nobles de prestigio que, como el príncipe de Condé, rechazaban el creciente intrusismo monárquico en sus territorios. A consecuencia de ello, el niño Luis tomó tal aprensión al populacho



El sagaz cardenal Richelieu, artífice del Estado moderno francés, retratado por su pintor de cámara Philippe de Champaigne.

y a París que abandonó el Louvre para jamás volver, haciéndose construir Versalles, el palacio real más grande, célebre y ostentoso que vieron los tiempos. Un gesto que evidenciaba no solo su interés en hacer bien visible el poder real a ojos de su pueblo, sino, y sobre todo, la que sería su principal obsesión en el futuro: convertir a los levantiscos nobles en dóciles cortesanos y hacer que el gobierno de Francia reposase únicamente en sus manos, sin el concurso de parlamentos, corporaciones u otros elementos propios de la monarquía tradicional. Su célebre frase «El Estado soy yo» es, desde entonces, el mejor ejemplo de lo que entonces se entendía por poder absoluto. Tan cierto como lo anterior es el hecho de que el reinado de Luis XIV otorgó definitivamente a Francia un lugar preeminente en el concierto europeo, tanto en su faceta económica, con el desarrollo del mercantilismo orquestado por el sagaz Colbert desde la secretaría de Estado, como en lo político, donde la obtención para la casa de Borbón de la Corona española resulta ser uno de sus logros más visibles.

Cuando Felipe V escuche de labios de su exitoso abuelo cuáles deben ser los principios de gobierno que ha de seguir en España, tomará buena nota de ellos y no hará más que tratar de aplicarlos, tanto en la política edilicia o económica, como en sus deseos de simplificar y centralizar la compleja administración de la monarquía. Como veremos, cualquiera de sus primeras medidas tendrá siempre el marchamo de «lo francés» bien impreso en sus lomos. No en vano, el último y principal consejo de su abuelo había sido bien elocuente:

Termino por uno de los avisos más importantes que le puedo dar. No se deje gobernar por nadie; sea el dueño. No tenga valido ni primer ministro. Escuche, consulte su consejo, pero decida.



Este retrato del Rey Sol, obra de Hyacinthe Rigaud (1701), ha pasado a la iconografía popular como la más fiel representación del absolutismo borbónico.

Dios le hizo rey; le dará las luces necesarias mientras tenga una intención recta.

Luis XIV.
*Instrucciones y avisos políticos
al duque de Anjou.*

LA CUESTIÓN DINÁSTICA, LA GUERRA DE SUCESIÓN Y LOS TRATADOS DE UTRECHT

La esperable muerte sin descendencia del desdichado Carlos II supuso el inicio de la cuestión dinástica por la Corona de España, al disputarse el trono vacante entre los partidarios del archiduque Carlos de Austria y los que postulaban a Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV. Ambos pretendientes poseían motivos dinásticos sobrados para aspirar a la Corona; Felipe, duque de Anjou, era bisnieto de Ana de Austria, hija mayor de Felipe III de España y nieto de María Teresa de Austria, hija mayor de Felipe IV de España. Por su parte, Carlos, archiduque de Austria y más tarde emperador del Sacro Imperio, el hijo menor de Leopoldo I de Austria, fruto del tercer matrimonio de este con Leonor del Palatinado, reclamaba el trono español por su abuela paterna, que era María Ana de Austria, la hija menor de Felipe III. Esto quería decir que en virtud de las reglas de sucesión, la candidatura francesa era superior, puesto que su pretendiente descendía de la hija primogénita de un rey de España. No fue esa, empero, razón suficiente para efectuar un acuerdo cordial entre los dos pretendientes, de forma que la guerra se hizo inevitable. Sobre todo porque tras la mera cuestión nominal se evidenciaba una cuestión mucho más compleja, la propia concepción de la monarquía. Si muchos vieron en el archiduque un claro continuador de la política general de la casa de Austria, tantos otros contemplaron al duque de Anjou como el encargado de establecer en España «peligrosas innovaciones» traídas allende los Pirineos. Y no les faltaba razón. El mismo «Hechizado» venía de confirmar en su testamento los fueros de los reinos y territorios extracastellanos (Navarra, Aragón, Cataluña, Mallorca, Valencia y las provincias vascas), renovando sus libertades, fueros y leyes particulares, en un intento de recomponer el distanciamiento con la Corona causado en tiempos de su padre Felipe III por la política de «Unión de Armas» del conde duque de Olivares, que pretendía en esencia que aquellos reinos contribuyeran a las arcas del rey con algo más de lo que secularmente venían ofreciendo. Las revueltas de

1640 causadas en parte por estos intentos de homogeneización del esfuerzo bélico que tocaba, en opinión del conde duque, en justicia a cada reino peninsular, supuso la independencia de Portugal y casi la de los reinos de la antigua Corona aragonesa. Una lección que los validos de Carlos II nunca olvidaron. Muchos suponían que si Felipe de Anjou accedía al trono, habida cuenta de lo sucedido en Francia, donde todo asunto público corría de la mano de los poderosos intendentes de Luis XIV, tenidos como los ojos y oídos del rey, trataría de unificar administraciones y cuerpos legislativos, considerando a España en la práctica como un reino único. No les faltaba razón: significativamente, cuando el Rey Sol aceptó el 6 de noviembre de 1700 el testamento de Carlos II a favor de su nieto, que entonces contaba solo diecisiete años de edad, nombró personalmente a Jean Orry como ministro principal en España y le encargó sin disimulos la reorganización de la política interior hispana, señaladamente la fiscal, bajo los presupuestos del centralismo francés. Hecho que causó la cólera de austriacos, alemanes e ingleses. La guerra era ya una realidad.

Así, en 1705 comienza la guerra de Sucesión, que se pretendía rápida y sencilla para el bando borbónico. Sin embargo, la captura del enclave estratégico de Gibraltar por el almirante inglés sir George Rooke, base de un conflicto aún hoy en día pendiente, mostró bien pronto que el problema iba a enquistarse y tomaría magnitudes de una verdadera guerra civil. De hecho, el levantamiento general de la Corona de Aragón contra Felipe V puso muy difíciles las cosas para el bando francés. Las razones de la postura austracista de Valencia junto con parte de Aragón, el reino de Murcia y la totalidad de Cataluña son complejas, pero todas tienen que ver con la prevención que suscitaba en estos territorios el conocido centralismo de la Corona francesa y las expectativas que para la concepción centrífuga y foral de la monarquía hispánica había despertado el propio Carlos II en su testamento. Muchos, como en Valencia, pensaban además que el pretendiente austriaco podría mitigar la dureza de su régimen señorial.

Por estas razones, la guerra resultó larga e incierta. No fue hasta las alturas de 1711 cuando una serie de hechos concatenados permitieron pactar su finalización. En primer lugar, el acceso de los conservadores *tories* al poder en Inglaterra, sustituyendo al partido *whig* que era el mayor apoyo de John Churchill, duque de Malborough, abierto partidario de mantener la guerra de España a toda costa, la muerte del emperador José I que obligó a su hermano, el archiduque Carlos, a ocupar el trono austriaco y el mismo agotamiento que estaba sufriendo el conflicto sentaron las bases de la paz pactada en los encuentros preliminares de Londres de 1712 y ratificada en los acuerdos de Utrecht celebrados al año siguiente, por los que se pretendía además de regular la sucesión española, garantizar un perenne equilibrio de fuerzas entre los bandos contendientes.

Es sabido que los acuerdos de Utrecht supusieron enormes pérdidas territoriales para la monarquía hispánica, pero resultaron ser también un ejercicio de realismo político. En realidad, la monarquía de Felipe V no se hallaba en condiciones de mantener los territorios perdidos; antes de la firma del tratado, la vituperada bolsa del rey tan solo era capaz de sostener veinte mil soldados y trece galeras en el espacio europeo. Así, en el reino de Nápoles no había destinadas más que seis compañías de infantería española, la isla de Sicilia estaba guardada únicamente por seiscientos hombres, el Milanesado por seis mil, y en lo que quedaba de los Países Bajos no había destacados más que ocho mil soldados diseminados por todo el territorio. Se decía que el mismo rey no tenía bastante dinero para mantener a su guardia de corps, que trabajaba «a tiempo parcial» en la artesanía cuando podía dejar a un lado el mosquete. Por eso, hoy se tiende a pensar que el tratado de 1713 fue una verdadera liberación para la monarquía española, que pudo por fin dedicarse a la administración del territorio meramente peninsular y a las Indias, su principal activo. De este modo, en virtud de los acuerdos firmados en aquellas ciudades de los Países Bajos y Alemania, Sicilia fue otorgada al duque de Saboya (luego permutada por Cerdeña); el Milanesado, Nápoles, Cerdeña y los

Países Bajos se otorgaron al ya emperador Carlos de Austria y, finalmente, Gibraltar y Menorca se convirtieron en el sabroso botín de guerra de Inglaterra.

De este modo, Felipe de Anjou, llamado por sus panegiristas «el animoso», pudo convertirse finalmente en rey de España y de las Indias, inaugurando el devenir de la nueva dinastía borbónica.